

whigs y ratificado por la reina. Inglaterra en parte sentía envidia de los holandeses por las grandes ventajas en aquel tratado contenidas que eran no solo político-militares, sino también de carácter mercantil, y en parte también se temía que los enormes sacrificios que en él se imponían á Francia pudieran hacer fracasar la inteligencia que con ella había comenzado á entablarse. Para los políticos ingleses era mucho más importante la demolición de las fortificaciones de Dunkerque y asegurar la hegemonía de la marina inglesa en el canal que el establecimiento de una guarnición holandesa en Lila. El resultado final de todo esto fué que, como siempre, los Estados generales no pudieron librarse de la presión de la política inglesa, pues era preciso salvar de la *barrera* lo que se pudiese, y esto solo podía conseguirse de acuerdo con Inglaterra. Cuando el embajador inglés en el Haya, Strafford, amenazó al gran pensionario Heinsius diciendo que, en el caso de prolongada negativa por parte de los Países Bajos, Inglaterra se entendería sola con Francia, los Estados generales se sometieron, manifestando en 21 de noviembre de 1711 que estaban dispuestos á enviar delegados al congreso de la paz que había de celebrarse tomando por base los preliminares franco-ingleses.

Mucho mayor fué la agitación de los austriacos al advertir que el nuevo gabinete inglés se disponía, pasando por encima del emperador, á obligar autoritariamente á la alianza á aceptar sobre una base forzada un congreso de la paz. Cuando en 20 de octubre de 1711 fueron comunicados los preliminares para la paz al embajador imperial en Londres, el conde Gallas, cuyas relaciones con los gobernantes torios eran ya muy tirantes (1), este mostró su descontento de una manera tan brusca, que se produjo un rompimiento. Por mandato de la reina prohibióse que entrara en la corte el referido embajador, quien al mismo tiempo recibía de su soberano la orden de salir de Londres, orden que tantas veces había pedido, y se mandó á los ministros que rompieran todo trato con él. Todo esto naturalmente referíase tan solo á la persona del conde Gallas, que como adversario político era para los ministros torios un molesto estorbo y que en realidad no había procedido muy hábilmente dejándose llevar de su carácter intemperante. La reina Ana escribió personalmente al emperador justificando su proceder contra Gallas y declarándose dispuesta á entrar en relaciones con cualquier otro embajador imperial (2); pero aquel suceso lamentable dejaba clavado el aguijón.

El gabinete de Viena y el joven emperador Carlos VI estaban altamente resentidos por los preliminares aceptados por Inglaterra y los aliados y sobre todo por la imposición que en el fondo se hacía á Austria para que renunciara á la corona de España, que no otra cosa era partir de antemano de la base de esta renuncia. El emperador escribió enérgicas cartas monitorias al Haya y á Londres, tan enérgicas que el agente diplomático que cerca del gobierno inglés había reemplazado á Gallas vaciló mucho en entregar la suya (3). En Austria no se consideraba ni con mucho perdido el asunto, pues se confiaba en el apoyo de Holanda cuya sumisión al mandato de Inglaterra se supo después, y el emperador envió á todo el Imperio apremiantes órdenes para que todos se mantuvieran fieles y se apercibieran para la próxima cam-

(1) Algunos despachos del conde Gallas, en los cuales se expresaba en son de burla respecto de la reina Ana y con desprecio acerca de los nuevos ministros, cayeron, merced al soborno, en manos de estos. Véase Arneth, tomo II, pág. 188.

(2) Carta de la reina Ana á Carlos VI fechada en Hamptoncourt en 7 de diciembre de 1711, inserta en Arneth, *Vida de Starhemberg*, página 702.

(3) O. Klopp: *Caida de la casa de Estuardo*, tomo IV, pág. 203.

paña: los austriacos estaban firmemente resueltos á no enviar delegados al congreso de la paz que debía celebrarse sobre la base de aquellos preliminares convenidos entre Francia é Inglaterra.

Pero lo que ante todo interesaba era hacer enérgicas manifestaciones al gobierno británico y enviar á Londres un embajador que estuviera á la altura de las circunstancias. En Innsbruck, donde á la sazón residía el emperador, adoptóse el excepcional acuerdo de confiar aquella misión difícilísima nada menos que al príncipe Eugenio, acuerdo respecto del cual escribía desde Londres el residente prusiano Bonnet, que después de la afrenta inferida al conde Gallas debe decirse «que la corte imperial no tendría bilis ni orgullo si ahora enviara un ministro de tanta importancia.» En efecto, la corte de Viena se imponía una humillación, pero se la imponía en la creencia de que era necesario apelar á un recurso extremo para evitar la defección de Inglaterra y la disolución de la Gran Alianza, desdicha que amenazaba consumarse y que en realidad era ya un hecho consumado. Mas aquella corte se engañó creyendo que la presencia en Londres del héroe de Hochstadt, Turin y Malplaquet podía contribuir á hacer prevalecer de nuevo en Inglaterra la política de los whigs y volver á esta potencia á la senda abandonada.

Según parece, el mismo príncipe Eugenio acarició en un principio esta esperanza engañosa y á mediados de enero de 1712 se presentó en Londres, no sin que antes el ministerio inglés hubiese empleado todos los medios dentro de los límites de la cortesía convencional y aun fuera de ellos, para impedir su viaje. Pocos días antes de su llegada consumóse la desgracia de Marlborough, el cual fué desposeído de todos sus cargos, sustituyéndole en el mando del ejército de los Países Bajos el duque de Ormond. La negociación del príncipe Eugenio, bajo tan malos auspicios comenzada, fracasó por completo: recibido por la reina con respetuosa frialdad, entretenido por los ministros con interminables aplazamientos, respuestas evasivas y promesas engañosas, entregó una tras otra cinco extensas memorias en las cuales exponía los puntos de vista de la política imperial acerca de las cuestiones de la guerra y de la paz y muy especialmente de las empresas guerreras comunes en España y en los Países Bajos; pero muy pronto se convenció de que todo esfuerzo era vano y de que Inglaterra había avanzado tanto en la senda de sus negociaciones particulares con Francia, que no era de esperar que se volviera atrás, cosa que por otra parte en manera alguna querían los ministros Bolingbroke y Oxford que eran los que dirigían el gabinete. Esto no obstante, permaneció dos meses en Londres, quizás con la esperanza de que la apasionada lucha entre los dos grandes partidos produciría entretanto un cambio en favor de los whigs. Esta esperanza no se realizó, como tampoco la de que el elector Jorge Luis de Hannover, el sucesor al trono reconocido, el que hasta entonces había estado siempre en buena inteligencia con los whigs y con Marlborough, el que había manifestado enérgicamente su descontento por los preliminares de la paz (4), interpondría su autoridad para impedir que el gobierno inglés se separase abiertamente de la alianza; pero el elector creyó que no debía ir más allá de lo que había ido y se mantuvo prudentemente reservado en aquel conflicto. Eugenio sostuvo, pues, una lucha sin esperanzas: el gran general y político austriaco perdió allí su primera campaña y el sacrificio de su viaje á Inglaterra fué infructuoso.

Las consecuencias de la defección inglesa dejáronse sentir muy pronto y de una manera dolorosa en la campaña de los

(4) Véase Ranke: *Historia inglesa*, tomo VII, pág. 48.

Países Bajos, de cuya dirección se encargó el príncipe Eugenio á poco de haber regresado al continente. Las negociaciones particulares con Francia habían continuado, y cuando Luis XIV dió al gabinete inglés formal seguridad de que con la solemne renuncia de su nieto Felipe, el rey de España, á todo derecho á la sucesión francesa desaparecía para siempre el peligro de una unión de las coronas francesa y española, ofreciendo á los ingleses, como prenda de esta renuncia, la evacuación de Dunkerque, el gobierno de Londres no supo resistir á la tentación y concedió á los franceses un armisticio de dos meses. Habían ya comenzado las operaciones en los Países Bajos cuando el jefe del ejército inglés, el duque de Ormond, recibió de su gobierno la orden de no tomar parte en ningún ataque contra los franceses y de proceder á la ocupación de Dunkerque. Esta orden llegó en el momento en que Eugenio estaba á punto de obligar al mariscal Villars á aceptar una batalla en condiciones que casi prometían la victoria á los aliados; y la negativa de Ormond de tomar parte en el combate hizo naturalmente que se perdiera aquella coyuntura. El proceder de los ingleses fué tanto más desleal, cuanto que el mariscal Villars tuvo noticia de aquella orden cuatro días antes que Eugenio, y por tanto, si hubiera querido aprovecharse enérgicamente de ella, habría podido fácilmente poner al general imperial en una situación muy comprometida.

Pero en aquel momento ocurrió un suceso inesperado y poco agradable para el gobierno inglés.

El ejército que mandaba el duque de Ormond constaba de diez y ocho batallones y diez y seis escuadrones de tropas nacionales inglesas, y el resto hasta 50,000 hombres se componía de tropas auxiliares alemanas y dinamarquesas que estaban á sueldo de Inglaterra y que eran, además del cuerpo prusiano que constituía el núcleo de aquellas fuerzas y que mandaba el príncipe Leopoldo de Dessau, los contingentes de Hesse, de Sajonia y de Hannover y una división danesa á las órdenes del príncipe Carlos Rodolfo de Wurtemberg. Ahora bien; estas tropas no inglesas estaban obligadas en virtud del mandato de Londres á abstenerse de tomar en lo sucesivo parte en la campaña? Esta fué la cuestión que inmediatamente se planteó: el príncipe Eugenio, profundamente indignado por la deslealtad cometida por los ingleses, sostuvo con energía que la orden recibida solo obligaba á las tropas nacionales inglesas, y Ormond, por su parte, exigió á los jefes de los cuerpos auxiliares que se retiraran con él, separándose del ejército del príncipe Eugenio.

Así las cosas, todo dependía de la resolución que adoptarían los jefes de los contingentes alemanes, los cuales debían resolverse antes de que pudieran recibir de sus respectivas patrias las oportunas instrucciones; y es un hecho muy satisfactorio que en todos ellos el sentimiento del honor militar prevaleciera, sin necesidad de grandes reflexiones, sobre las infamantes exigencias de las intrigas políticas. El general hannoveriano Bulow, que fué el primero á quien Ormond se dirigió, rechazó rotundamente la pretensión de este diciendo que él y sus tropas no servían por el sueldo, sino por el honor, y que permanecería al lado de aquel que á la causa del honor se mantuviera fiel. Mas importante fué para los ingleses la decisión del general prusiano, Leopoldo de Dessau, el cual contestó secamente al general inglés que para esta como para las anteriores campañas había recibido la orden «de operar con las tropas sajonas, hessenses y danesas, y en una reunión que celebraron con el príncipe Eugenio los genera-

les alemanes, á quienes se unieron también los diputados holandeses que en el campamento se encontraban, acordaron proseguir la campaña y no obedecer la orden de Inglaterra, orden que algún día, como dijo el príncipe Eugenio á Ormond, podía costar la cabeza al que la había dictado. En el gobierno de Londres produjo gran indignación la desobediencia de los generales alemanes: Bolingbroke amenazó á los embajadores en aquella capital residentes no solo con no pagar ningún sueldo más, sino también con retenerles los atrasos que importaban una cantidad considerable; mas á pesar de todo la conducta de los generales alemanes fué aprobada por sus respectivos gobiernos. Eugenio apeló á todos los recursos para que el Haya y Viena suplieran los subsidios en metálico que dejaba de entregar Inglaterra (1).

Entretanto el príncipe Eugenio había comenzado el sitio de Quesnoy, cuya guarnición francesa tuvo que entregarse en 4 de julio prisionera de guerra. Poco tiempo después verificóse de hecho la separación de los ejércitos: Ormond se encaminó á Dunkerque con sus regimientos ingleses que, disgustados por tener que separarse de una manera ignominiosa de los alemanes que durante tantos años habían sido sus compañeros de lucha, negaron á sus propios jefes el acostumbrado saludo de los tres *hurrahs*; todas las tropas auxiliares alemanas permanecieron al lado del príncipe Eugenio.

La disolución de la Gran Alianza era cada día más patente.

Estos acontecimientos necesariamente ejercieron una influencia debilitante y paralizadora en la dirección del ejército imperial y holandés: solo así fué posible que la suerte se mostrara nuevamente favorable á las armas francesas y que el mariscal Villars lograra una serie de victorias en los Países Bajos. Mientras el cuerpo prusiano mandado por Leopoldo de Dessau era enviado á Landrecies para preparar el sitio de esta plaza y el príncipe Eugenio tomaba posiciones cubiertas enfrente de Villars, este, efectuando un rápido movimiento, cayó de improviso sobre el cuerpo holandés que, á las órdenes del general Albemarle, se encontraba en Denain (24 de julio de 1712). Mal se portaron allí las tropas holandesas, que casi ninguna resistencia opusieron á las francesas en el ataque de sus trincheras, siendo arrojadas de estas, dispersadas y hecho prisionero su jefe Albemarle antes de que pudiera tomar parte en el combate el príncipe Eugenio, que acudió apresuradamente al auxilio de sus aliados. Esta victoria conseguida por los franceses en Denain, aunque de poca importancia desde el punto de vista militar, tóvula muy grande por la impresión de profundo abatimiento que produjo en Holanda, donde desde entonces adquirieron fuerza irresistible las tendencias favorables á la paz. Por otra parte, Villars supo aprovecharse hábilmente de la ventaja alcanzada: no teniendo ya nada que temer de los ingleses y pudiendo por tanto engrosar su ejército con muchos franceses que sacó de las plazas fuertes, pudo pronto unir á la confianza recobrada la superioridad numérica de sus tropas, que contaron desde entonces veinte mil hombres más que las imperiales. Así mientras Eugenio se veía obligado á levantar el comenzado sitio de Landrecies, el mariscal francés llevaba á cabo con feliz éxito, en el otoño de 1712, importantes empresas, poniendo cerco y obligando á capitular á Donai (8 de setiembre de 1712), recobrando á Quesnoy (5 de octubre) que pocos meses antes habían perdido los franceses, y apoderándose de Bouchain, cuya conquista realizada el año anterior había sido el último hecho de armas de Marlborough en los Países Bajos.

(1) Las noticias principales de este episodio pueden verse en Arneth, tomo II, pág. 225. Los datos especiales sobre la conducta del cuerpo prusiano se encuentran en Droysen, tomo IV, pág. 401.



Parecía, pues, que Francia aprendía nuevamente a vencer; pero sus principales triunfos fueron los que alcanzó como antes, en el terreno diplomático, en sus negociaciones con sus desunidos adversarios.

Suponemos que nuestros lectores no estarían dispuestos a seguirnos en el maremagnum de las negociaciones para la paz de Utrecht (1), serie interminable de complicadas transacciones de carácter preferentemente europeo aunque en muchos puntos traspasó las fronteras del viejo mundo. Las cuestiones que diez años antes habían producido la guerra ofrecían, al terminar esta, un aspecto muy distinto, pudiendo quizás decirse que hasta entonces no se conoció enteramente su verdadero y principal sentido. La repartición del poderío territorial, el aumento ó disminución de soberanía sobre tierras y gentes, continuaba siendo el campo donde chocaban principalmente los intereses en pugna de las potencias del mundo y donde procuraban estas llegar á un arreglo; pero entonces, mas que antes, aparecía en primer término otro punto de vista, á saber, que el poderío mercantil era el poderío universal, pues en ninguno de los anteriores grandes tratados de paz por los cuales se regulaban las relaciones de las potencias europeas manifestóse con tanta fuerza como en Utrecht la preponderancia de los intereses político-mercantiles. La guerra por la sucesión del último Habsburgo español fué evidentemente, durante su última fase y cada vez mas, una lucha por el predominio de la política mercantil francesa ó inglesa aquende y allende el Océano. Los grandes conflictos marítimos y coloniales del siglo XVIII entre las dos naciones comenzaban ya á traslucirse. En segundo término estaban Holanda y la península pirenaica, también interesadas en alto grado en el comercio universal, y puede decirse que en tercer lugar venía la casa de Habsburgo, que difícilmente había de poder conservar ese grado de consideración é influencia si Carlos VI perdía España y las colonias españolas.

Indudablemente quedaba relegado al último término todo lo referente á intereses generales alemanes que al comenzar la guerra había formado parte del programa de esta. Los soldados alemanes habían luchado gloriosamente en todos los campos de batalla, desde el Rin y el Escalda hasta el Ebro y el Tiber; pero en el momento de hacer la suma total de todas estas luchas, ¿de cuán secundaria importancia eran cuestiones como la defensa de la frontera occidental del Imperio, los derechos del Imperio en Alsacia ó la devolución de Estrasburgo! Todos estos y otros asuntos debían quedar supeditados á los otros intereses, sobre todo á los de Inglaterra que mejor que los demás supieron presentarse como representantes del interés general europeo y además hacer fuerza en la cuestión de los subsidios de los cuales había vivido una buena parte de las tropas de la Gran Alianza. Con tal que se demolieran las fortificaciones de Dunkerque y que ondeara en Gibraltar la bandera inglesa, ¿qué le importaba á la política de Inglaterra que Estrasburgo continuara ó no en poder de Francia?

Pero las mismas potencias alemanas que habían sido convocadas como representantes de los intereses de Alemania, estaban ligadas unas por su impotencia y otras por sus trabajos particulares. Prusia tenía sus intereses privados, poco importantes para el interés general, en Neufchatel, en los demás territorios de la herencia de los Orange y en el bajo

(1) Lamberty: *Memorias*, tomo VIII; *Actas y memorias... concernientes á la paz de Utrecht*, 6 tomos (Utrecht, 1714); Freschot: *Historia del congreso y de la paz de Utrecht*, etc. (1716); Faber: *Cancillería de Estado europea*, tomo XXIV; O. Weber: *La paz de Utrecht* (Gotha, 1891).

Rhin, y con mucha razón tenía fija cada vez mas su atención en los asuntos del Norte, donde se ventilaban cuestiones que le tocaban muy de cerca. Hannover se encontraba ligado por su sucesión al trono de Inglaterra, y Sajonia se había convertido en simple apéndice de la corona polaca. Al emperador hubiérale correspondido mas que á nadie la misión de atender en aquel congreso de paz á los intereses del Imperio; pero la cuestión de la sucesión española había apartado á la casa de Habsburgo de lo que era estrictamente alemán para llevarla á seguir la política de gran potencia europea: debía mirar hácia Nápoles y Milan, hácia Madrid y Bruselas, y había de defender un nuevo reino entre el Danubio y los Carpacios; así es que la parte de deber que daba para las tareas del Imperio alemán era insignificante y hubo de ceder, siempre que surgieron conflictos, á los intereses generales de los Habsburgos.

En tales condiciones, ¡cuán crítica y perpleja era la situación de aquellos territorios del Sudeste del Imperio que estaban mas directamente expuestos al choque del poderío de Francia y mas principalmente interesados en el establecimiento de fronteras que los protegieran! La antigua «Asociación de los círculos anteriores del Imperio» habíase reconstituido al comenzar la guerra de sucesión (2), y desistiendo del plan primitivo de una neutralidad armada, había ingresado como miembro independiente en la Gran Alianza. Los círculos confederados, en cuanto se lo permitió su organización deficiente, aportaron al ejército imperial sus contingentes, sin participar de los subsidios extranjeros, y siguieron todas las alternativas de la guerra llevando casi siempre la peor parte. En febrero de 1707, en una Dieta que la Asociación celebró en Heilbronn, fué renovada la alianza entre los cuatro círculos mas amenazados, que eran el de Suabia, el de Franconia, el del electorado del Rin y el del alto Rin (3). Cuando las negociaciones del Haya (1709) y de Gertruydenberg (1710) hicieron concebir esperanzas de que la paz sería un hecho, los círculos procuraron hacerse oír mostrando la necesidad de que se estableciera para el Imperio alemán una *barrera* contra Francia como la que se había prometido á los Países Bajos. En aquellas ocasiones házose especialmente hincapié en las cuestiones de Alsacia y de Estrasburgo y se trató muy en segundo término de la restauración de Lorena y de la devolución de los obispados de Metz, Toul y Verdun. La Asociación concurrió despues, como miembro independiente de la alianza, al congreso de paz de Utrecht. Profundamente sorprendidos los círculos por la defección de Inglaterra y por la inteligencia anglo-francesa que era una amenaza para sus esperanzas, enviaron al ministerio inglés una protesta en la cual condenaban con las mas duras expresiones la violación de la lealtad debida al tratado y exigían el cumplimiento de las promesas hechas solemnemente y por escrito: «en el cumplimiento de las promesas públicas y solemnes estriba la gloria de Su Majestad; en el cumplimiento del *sacrum verbum Regis* y de la *sacram fides* del gran canciller del reino están la prudencia y la equidad del Ministerio, á fin de que el documento no permanezca en el Archivo para triste memoria (4).» Palabras enérgicas usadas en una causa buena y justa; pero ¿qué podían, por muy fundadas que fueran, las quejas de algunos Estados imperiales del

(2) Véase mas arriba, y Kopp: *Tratado de la Asociación de los círculos anteriores del Imperio*, pág. 140.

(3) Compromiso de Asociación fechado en Heilbronn en 17 de febrero de 1707, inserto en los *Apéndices* de Kopp, pág. 117.

(4) Lamberty: *Memorias*, tomo VIII, pág. 3. El documento hace constar expresamente que la Asociación había hecho la guerra aliada con Inglaterra, «pagando los gastos de su propio bolsillo y sin incomodar á Su Majestad (de Inglaterra) por un solo sueldo de subsidio.»

Sur de Alemania contra la firme resolución de los torios de llegar á un acuerdo con Francia y de cuidarse lo menos posible de la alianza firmada por sus enemigos los whigs? La respuesta, concebida en términos lacónicos, decía que era demasiado tarde y que, si los círculos se hubiesen unido oportunamente á la política inglesa, se habría podido todavía salvar á Estrasburgo como barrera alemana.

El congreso de Utrecht abrióse formalmente en enero de 1712. El emperador solo á la fuerza envió á él sus delegados. Las negociaciones, muchas veces interrumpidas y acompañadas siempre de gestiones diplomáticas secretas y poco correctas, estuvieron completamente supeditadas á la política inglesa de los torios, que sin consideración alguna se aprovechaba de todas las ventajas prescindiendo de las obligaciones contraídas, y que en la consecución de una paz pronta y provechosa buscaba ante todo el aniquilamiento de los whigs que todavía conservaban algunas esperanzas. Al lado de esta política alzabase de nuevo Francia protegida por ella y cada vez mas esperanzada y mas exigente. En el bando opuesto luchaban el emperador y Holanda, aquel principalmente por la posesión de España, esta por una barrera lo mas extensa posible. El desgraciado éxito de la campaña de 1712, la derrota de los holandeses en Denain y las nuevas victorias de Villars en Bélgica afirmaban la preponderancia de la inteligencia anglo-francesa. Bolingbroke hubiera resuelto de buena gana la cuestión de la sucesión española excluyendo al pretendiente Borbon y al Habsburgo y colocando en el trono de Madrid al duque Víctor Amadeo de Saboya como protegido inglés; mas no le fué dado conseguir tal ventaja á causa de la firme cohesión que entre Felipe V y la nación española existía, por lo que el gobierno inglés hubo de contentarse con la formal renuncia que de todo derecho de sucesión á la corona de Francia hizo Felipe por sí y por todos sus descendientes. Las distintas ramas francesas de la dinastía borbónica renunciaron también por su parte á todo derecho de sucesión en España. Evitada de este modo para lo porvenir toda unión íntima entre Francia y España, procedióse á excluir de la península pirenaica á la casa de Habsburgo, y en su consecuencia, despues que Holanda hubo abandonado toda resistencia contra la presión anglo-francesa, Carlos VI vióse en la para él durísima necesidad de renunciar al trono de España (marzo de 1713). La emperatriz regente se retiró de este país y el valeroso Guido de Starhemberg hubo de llevar á cabo la ingrata misión de evacuar á Cataluña.

Algunos obstáculos oponíanse todavía á la paz, en lo que particularmente atañía al emperador, al «archiduque de Austria» como los franceses nuevamente ensoberbecidos titulaban todavía á Carlos VI que aun no había sido reconocido como emperador por Francia ni por los dos Wittelsbach proscritos. El síntoma mas importante de la confianza que entonces reinaba en Versalles fué el hecho de que aquella corte exigiera para su leal aliado, el elector Maximiliano Manuel de Baviera, no solo una rehabilitación completa, sino también una indemnización por el alto Palatinado que había pasado á poder del Palatinado electoral y por el primer puesto en el Colegio de príncipes electorales que había perdido. En cuanto al Wittelsbach que siempre había peleado al lado de Luis XIV contra el emperador y el Imperio, Francia exigía para él, conforme con anteriores proyectos, la cesión de los Países Bajos ó, en caso de no ser esto posible, de la isla de Sicilia ó de Cerdeña, es decir, en ambos casos la entrega de una parte importante de la ya mermada herencia de los Habsburgos alemanes. Y como Sicilia había sido destinada ya al duque de Saboya, si se cedía aquella isla al de Baviera, el emperador tendría naturalmente que indemnizar al saboyano dándole

una parte del ducado de Milán. La diplomacia francesa comenzaba de nuevo á repartir territorios y á recompensar á sus clientes con bienes ajenos, proceder que tan á menudo había observado antes y había de seguir observando en lo sucesivo. El pensamiento favorito de Luis XIV era poner á Maximiliano Manuel en posesión de los Países Bajos.

Mas en este punto encontró tenaz resistencia y la cuestión bávara representó un papel importante en el congreso de Utrecht. Aunque Maximiliano Manuel había conseguido merced á sus personales negociaciones en España que Felipe V le cediera en toda forma la posesión perpétua de los Países Bajos españoles (2 de enero de 1712), nada se había resuelto con ello, pues á la exigencia franco-bávara oponíanse resueltamente los holandeses, quienes á ningun precio querían tener en Bélgica á un príncipe impotente y sometido, por decirlo así, á la tutela de Francia. Tampoco quería el ministerio inglés que las plazas mercantiles belgas estuviesen en poder de un príncipe que estaría obligado á ajustar su política á las órdenes de la corte de Versalles. El elector Maximiliano Manuel, cuya ambición de ceñir una corona «ahogaba en su corazón toda otra suerte de consideraciones» (según escribía su propio hermano José Clemente de Colonia en tono de censura), entabló negociaciones secretas con la corte de Viena y se mostraba hasta cierto punto inclinado á ceder al Austria su territorio hereditario de Baviera á cambio de la posesión de los Países Bajos y del reino de Sicilia (1); pero á este proyecto opúsose enérgicamente su hermano menor José Clemente, que sentía gran afección por su patria bávara, y como además la política francesa no estimó en modo alguno conveniente á sus intereses consentir en tal redondeamiento de Austria por el Sur de Alemania y en que se separara del Imperio la casa de Baviera que siempre le había sido fiel, y como en los cálculos de Francia entraba la extinción de la dinastía de los Habsburgos alemanes, aquel plan fué inmediatamente desechado. Por último, las potencias que llevaban la batuta en el congreso de Utrecht, Francia é Inglaterra, resolvieron provisionalmente aquella cuestión acordando que el elector Maximiliano Manuel desistiera de sus pretensiones sobre los Países Bajos, recibiendo, en cambio, la isla de Cerdeña con el título real. Esta estipulación fué aceptada en la paz de Utrecht y no fué modificada hasta la paz de Rastadt, en la que se dispuso que á cambio de una completa rehabilitación en el Imperio se quitara al de Baviera la isla de Cerdeña y se cediera esta al emperador.

En 11 de abril de 1713 firmóse la paz de Utrecht (2): las potencias que la firmaron con Francia fueron Inglaterra, Holanda, Saboya, Prusia y Portugal. Algunas semanas despues (13 de julio de 1713) quedó firmada la paz con España, para la cual hubo que redactar protocolos especiales para Inglaterra y Saboya.

Comparando estos documentos con los tratados de paz que se negociaron y firmaron en 1709 y 1710, se patentiza el cambio asombroso que en tan poco tiempo habían experimentado las cosas. Francia, despues de haber llegado hasta la humillación mas profunda, volvía á encontrarse en posesión de la antigua consideración de que había gozado en Europa: á pesar de todas las derrotas que una poderosa coalición le había ocasionado, continuaba siendo la primera potencia militar del continente y además contaba con la amistad ín-

(1) Heigel: *Fuentes y tratados para la historia moderna de Baviera*, pág. 197. Los documentos que en esta obra se insertan presentan en aquella ocasión bajo un aspecto simpático al elector José Clemente que en todo lo demás es muy poco digno de alabanza.

(2) Lamberty: *Memorias*, tomo VIII, pág. 71. Dumont: *Cuerpo universal*, tomo VIII, pág. 339. En extracto, en Ghillany: *Manual diplomático*, tomo I, pág. 135.



tima de Inglaterra que no había de faltarle mientras gobernarán allí los tories y mientras no ocupase aquel trono la casa de Hannover. Luis XIV había conseguido la parte más importante del fin que se propusiera al comenzar la guerra: un rey Borbon ocupaba el trono de España; para la nueva paz con el Imperio alemán había servido de base, gracias á los buenos oficios de Inglaterra, no la de Westfalia, sino la de Ryswick; había estado dispuesto á ofrecer al Imperio, con tal de lograr la paz, los mayores sacrificios en Alsacia, en Estrasburgo, etc., y á la sazón podía negar hasta el más pequeño, incluso el de la odiada cláusula de Ryswick, y formular exigencias que impidieran al emperador y al Imperio aceptar la paz sin antes intentar una nueva lucha armada.

Los éxitos conseguidos por la política inglesa no podían ser más brillantes: los tories que entonces dominaban recogían á manos llenas los frutos de las grandes victorias conseguidas por los whigs durante tantos años. Sabido es cuanto contribuyeron Gibraltar y el puerto de Mahon al desenvolvimiento del poderío político y mercantil de Inglaterra en el Sur de Europa, y la destrucción de Dunkerque debía hacer de aquella nación la reina del mar del Norte. Ventajosos tratados de comercio con Francia, Holanda y España aseguraban grandes ganancias á la marina mercante inglesa; el tratado llamado del *asiento* concedía á Inglaterra el productivo monopolio del tráfico de negros en las colonias españolas, merced á lo cual y á otras estipulaciones alcanzaba gran influencia en el imperio colonial sudamericano. En la América del Norte aquella nación veía considerablemente aumentadas sus posesiones coloniales á costa de Francia, pues que á poder suyo pasaban la bahía de Hudson, las islas de San Cristóbal y Terranova y toda la Nueva Escocia (Akadia). El imperio británico había hecho grandes sacrificios durante la guerra, pero el provecho que de esta sacaba era superior á ellos.

Casi todos los demás resultados principales de la terminada lucha tenían algo que directa ó indirectamente redundaba en beneficio de Inglaterra. A los holandeses concedíaseles la deseada barrera de plazas fuertes belgas contra Francia, cuestión acerca de la cual hubieron de ponerse de acuerdo más adelante, en 1715, con Austria; pero durante la guerra, especialmente en los últimos años, habíase puesto en evidencia la imposibilidad de que la política holandesa fuese independiente. Holanda continuaba siendo una potencia mercantil respetable, pero habían pasado para no volver aquellos tiempos de rivalidad política entre ella é Inglaterra y en lo sucesivo debía ser políticamente dirigida por el poderoso Imperio insular.

También favoreció los intereses de Inglaterra el hecho de que las dos grandes islas del Mediterráneo fueran segregadas de la herencia de los Habsburgos alemanes y cedidas á dueños menos poderosos. El duque de Saboya, además de ver redondeados sus dominios en la Alta Italia y reconocido un derecho de poco probables resultados á la sucesión de España, recibió la isla de Sicilia como reino independiente, posesión que, dados el poderío y el afán de reunión del reino habsburgués en el continente napolitano, solo podía esperar conservar contando con la protección marítima de su íntima amiga, Inglaterra. En igual situación se habría encontrado el elector Maximiliano Manuel de Baviera si hubiese llegado á posesionarse de la isla de Cerdeña que le había sido adjudicada. Cinco años después, en 1718, todas estas combinaciones fracasaron por causa de una nueva crisis, cuando Carlos VI, con la aprobación de otro gobierno inglés, se agregó la Sicilia y Nápoles indemnizando al saboyano con la cesión de la isla de Cerdeña.

Entre los Estados de segunda categoría que tomaron parte en la paz de Utrecht figuraba también Prusia. Los aliados habían reconocido y ensalzado siempre su fuerte poderío militar que tan brillantemente se había confirmado durante la guerra; pero el rey Federico I no había logrado, á pesar de esto, ver atendidos sus deseos é intereses. Gracias á la excelencia de sus tropas, el Estado prusiano había llegado á hacerse indispensable á los miembros de la Gran Alianza; pero del mismo modo éranle á él indispensables los subsidios extranjeros para poder sostener aquel ejército. El primer rey de Prusia comprendió al fin con profundo disgusto que sus poderosos aliados le miraban únicamente como un príncipe auxiliar que no merecía ser considerado como igual á ellos. Federico I, pensando repetidas veces en esta situación, había amenazado en distintas ocasiones con retirar sus tropas y utilizarlas para atender á sus propios intereses en las complicaciones del Norte; mas nunca llegó á realizar tales amenazas, y Prusia continuó al lado de la Gran Alianza hasta el último momento.

Para observar esta conducta existía, entre otras varias razones, la de que, como ya hemos dicho (1), entraban en juego determinados intereses de su parte que solo podían lograr satisfacción cuando Prusia, por sus buenos y constantes servicios, estuviese bien segura de las potencias que ejercían decisiva influencia en la Gran Alianza. Entre estos intereses figuraba en primer término la cuestión de la herencia de los Orange. En este asunto se trataba de importantes posesiones que los holandeses querían reducir en provecho de la casa de Nassau-Dietz, y la corte imperial se mostraba muy poco dispuesta á favorecer las pretensiones de Prusia, á pesar de las promesas hechas en el tratado de 1700. De aquí que á Federico I le interesara en extremo conseguir el apoyo diplomático de otras grandes potencias amigas, y sobre todo el de la poderosa Inglaterra cuya protección había de ser de gran peso para el logro de sus deseos.

Respecto de una parte de las posesiones en litigio había recaído ya de hecho una resolución que solamente necesitaba ser por todos reconocida y confirmada: la cuestión de Neufchatel y de Valengin había sido resuelta, como hemos visto, en 1707, en favor de Prusia (2), é inmediatamente después de la muerte de Guillermo III, el rey Federico se había posesionado de los dos condados de Lingen y Moers que formaban parte del patrimonio de los Orange y estaban situados en territorio del Imperio; pero los holandeses sostenían que desde muy antiguo correspondía el derecho de tener una guarnición en la ciudad de Moers, y aunque el emperador y la cámara imperial habían reconocido solemnemente en diversas ocasiones el derecho de Prusia sobre aquella ciudad, los Estados generales se negaban á retirar su guarnición, y apoyados en esta negativa el Consejo y los habitantes negábanse á su vez á rendir homenaje al rey de Prusia.

Por último, á fines del año 1712, vino otra vez una de aquellas reducciones de ciudades rebeldes que hemos visto realizarse después de la paz de Westfalia en distintos puntos, como por ejemplo en Erfurt, Magdeburgo y otros (3). La iniciativa de este procedimiento partió, según parece, del heredero de la corona de Prusia, de Federico Guillermo, y la ejecución fué confiada á Leopoldo de Dessau que, al terminar la campaña de 1712, estableció sus cuarteles de invierno en el territorio de Aquisgran. Dessau se encargó gustoso de esta misión, porque, según él mismo escribía, «es

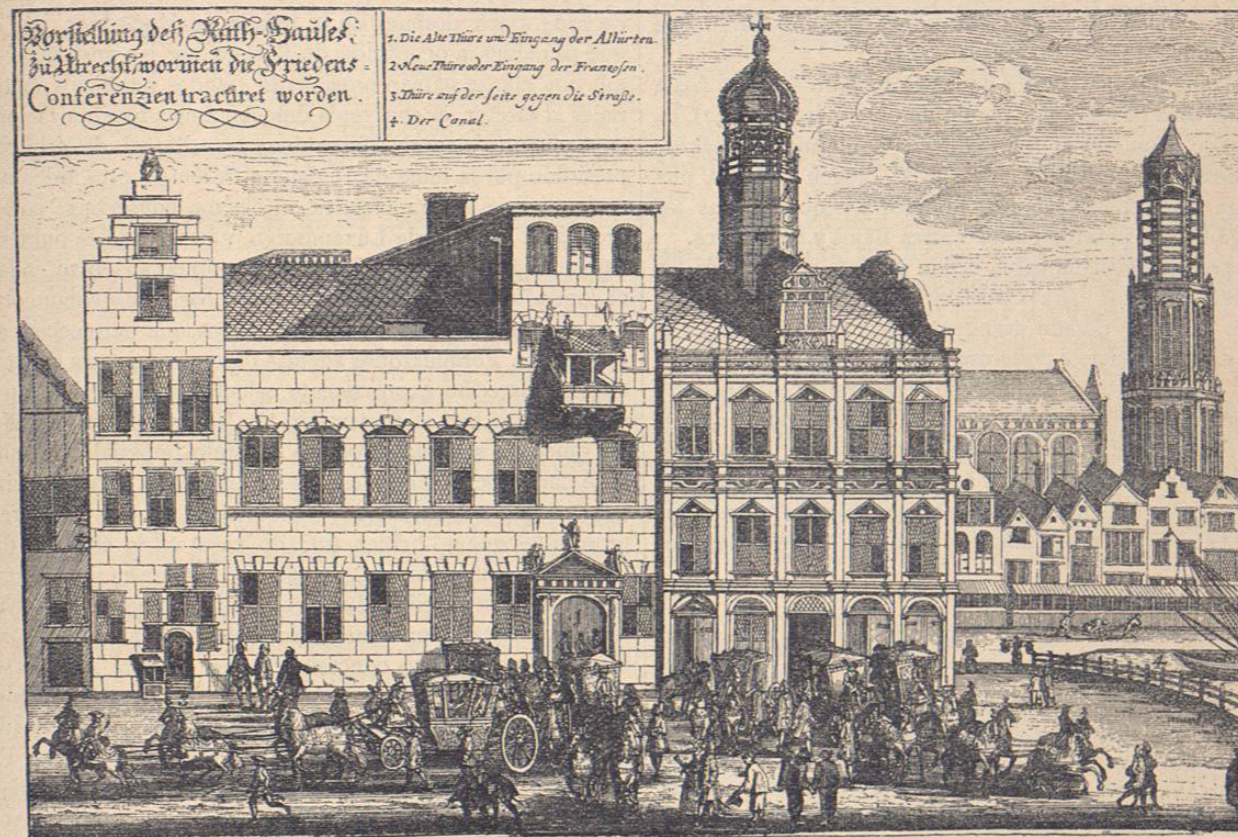
(1) Véase más arriba.

(2) Véase más arriba.

(3) Lamberty: *Memorias*, tomo VII, pág. 565; Droysen, tomo IV, página 410.

esta la primera empresa que afecta únicamente á los altos intereses de Vuestra Majestad.» Después de haberse exigido inútilmente á la ciudad que prestara homenaje al rey de Prusia, Leopoldo de Dessau, al frente de algunos miles de prusianos, sorprendióla de noche y se apoderó de ella sin que la guarnición ni los habitantes tuvieran tiempo de unirse y oponer resistencia (7 de noviembre). Moers hubo de jurar fidelidad á su soberano, y en cuanto á las tropas holandesas nada se les dijo en un principio, pero en vista de que pasaban algunas semanas sin que dieran muestras de querer evacuar la plaza y de que todos los días ocurrían contiendas

entre la guarnición prusiana y la holandesa, la corte de Berlín acordó que se hiciera «desalojar» á esta última la ciudad «evitando en lo posible toda violencia.» Para cumplir esta orden, en la madrugada del 31 de diciembre penetraron sigilosamente en Moers ocho escuadrones prusianos que sorprendieron y arrestaron en sus alojamientos á los oficiales holandeses, desarmaron á los centinelas, hicieron salir de la ciudad por grupos á los soldados primero, y después á los oficiales detenidos, y cerraron las puertas de la ciudad. Los holandeses así arrojados de Moers no tuvieron más remedio que emprender la marcha hacia Holanda (1). Fué aquel un



Las Casas Consistoriales de Utrecht al firmarse la paz de 1713. Facsímil reducido de un grabado anónimo de la época

acto de energía por el cual armaron naturalmente gran alboroto los poderosos gobernantes del Haya, pero el gobierno prusiano había procedido dentro de su perfecto derecho, reconocido por el emperador y por la Cámara imperial, y el asunto no tuvo consecuencias.

Respecto de otra parte de los bienes que formaban la herencia de los Orange, la renuncia á ellos era inevitable. El principado de Orange, en el Delfinado, de donde tomaba nombre aquella casa, estaba ocupado, desde hacia una generación, por Luis XIV: Federico I renunció á este y á otros territorios situados en la Borgoña francesa, incluso los del Franco Condado, en favor de la corona de Francia, gracias á lo cual consiguió el apoyo de ingleses y franceses para otra pretensión que formuló en parte como duque de

Cléveris y en parte á título de indemnización por los gastos de la guerra. Esta pretensión era apoderarse del llamado alto distrito de Güeldres, es decir, de la parte del antiguo ducado de este nombre que en la guerra de independencia holandesa no había entrado en la unión de Utrecht (1579), sino que había permanecido al lado de España. Era un territorio vasto, fértil, con Güeldres por capital y una multitud de ciudades y aldeas industriosas y ricas, como Wachtendonk, Walbeck, Kevelaer y otras, y el «país de Kessel» al otro lado del Mosa, con cuya adquisición redondeábase el ducado de Cléveris. Esta pretensión de Prusia motivó una larga lucha diplomática: á ella opusieron enérgicamente los holandeses y el emperador, de suerte que la política prusiana hubo de necesitar más que nunca el apoyo de Inglaterra y de Francia, con cuya ayuda el joven rey Federico Guillermo I, que entretanto había entrado en posesión del trono, consiguió al fin realizar aquel codiciado aumento territorial, no sin que Prusia hubiera de hacer un regalo de 50,000 thalers al embajador inglés Stafford para granjearse sus simpatías (2).

(1) Véase Natzmer: *Biografías*, etc., pág. 168. El intento de los holandeses de conservar por el mayor tiempo posible sus guarniciones en las más importantes plazas del Rin á pesar de la oposición de los príncipes alemanes, patentizábase, entre otros puntos, especialmente en Bonn, donde después de la reposición del elector José Clemente de Colonia, el comandante holandés y sus tropas hubieron de ser expulsados violentamente de la ciudad de una manera análoga á la de Moers. Véase la memoria que sobre esto inserta Heigel en sus *Fuentes y tratados*, etc., página 221.

(2) Véanse los detalles en Lamberty: *Memorias*, tomo VIII, pág. 43; Droysen, tomo IV, pág. 27; Noorden: *La política prusiana en la guerra*.